

071. Jesucristo, fuego abrasador

El Papa Juan Pablo II, dirigiéndose a Jesucristo en una ocasión muy solemne, le dijo con voz trémula por la emoción: *Jesús, Tú te abrasas en el deseo de ser amado, y quien sintoniza con los sentimientos de tu Corazón aprende a ser constructor de la nueva civilización del amor* (Domingo de la Misericordia, 22-IV-2001)

Estas palabras nos llevan a aquellas otras dichas por Jesús: *“He venido a traer fuego a la tierra, ¿y cómo estoy ansioso de verla ya arder!”* (Lucas 12,49)

Jesucristo es fuego de amor.

Jesucristo nos quiere fuego a los suyos.

Jesucristo está anhelando ser bautizado con el fuego de la Pasión, para merecernos el Espíritu Santo, el cual se presentará en forma de lenguas de fuego y será el encargado de llevar este incendio divino a todas partes de la tierra..

Jesucristo quiere llevar por nosotros al mundo el fuego del amor, para que el mundo se transforme en una nueva creación.

La realidad que entrañan esas palabras de Jesús —*“he venido a traer fuego a la tierra”*— ha tenido en la Iglesia expresiones muy bellas, nacidas todas del Corazón de Cristo, que comunica a los suyos un amor apasionado y un celo ardiente por la salvación de los hombres.

- Domingo de Guzmán, un apóstol que es visto por su madre, antes de darlo a luz, como un cachorro que lleva en la boca una tea encendida y con ella va prendiendo fuego por todas partes.

- Ignacio de Loyola despide a los suyos en Roma con estas palabras: *¡Pegad fuego al mundo entero!*

- Antonio María Claret se describe a sí mismo como *Misionero que abrasa por donde pasa.*

- Juan Pablo II, con las mismas palabras que Ignacio, les enardece a los dos millones de Jóvenes en la inolvidable Jornada Mundial de la Juventud: *Id, e incendiad el mundo.*

Los incendios provocados por los hombres en guerras brutales causaban destrozos enormes y dejaban detrás de sí en la Historia huellas profundas de odio. ¿Quién no recuerda a Jerusalén bajo los caldeos o los romanos? ¿O en nuestros días a Hiroshima y Nagasaki bajo las bombas atómicas?... Fuego de odio, de venganza, de destrucción.

El fuego que trae Jesucristo, en el cual está Él ardiendo y con el cual quiere abrasar al mundo, es un fuego muy diferente. Es el fuego del amor. Jesucristo acepta la comparación que todo el mundo ha hecho siempre del amor con el fuego. Porque cuando amamos, parece que el corazón nos arde dentro del pecho.

El fuego es un don de Dios. Los griegos creían que el fuego era un tesoro que se guardaban para sí los dioses, hasta que el hombre logró robarlo al cielo y se lo trajo a la tierra. Francisco de Asís alababa a Dios *por el hermano fuego, que alumbra la noche, y es bello y alegre, y robusto y fuerte.*

Pero, por muchos servicios que el fuego material nos preste en la vida, el fuego del amor es un regalo de Dios mucho mayor. *Derramado por Dios en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado, (Romanos 5,5),* somos capaces de amar a

Jesucristo, de amarnos todos, de llevar el fuego del amor a todos los rincones de la tierra.

Jesucristo prendió un fósforo en Palestina hace dos mil años, y el incendio que provocó el día de Pentecostés, con la venida del Espíritu Santo, hoy es una llamarada gigante.

Es amor de entrega, porque son millones los corazones que se abrasan en amor fiel a Jesucristo. Parece que los amantes de Jesucristo no tienen en los labios más plegaria que ésta: *Jesús, abrasado en amor nuestro, inflama mi corazón en tu amor... Inflama mi corazón en el amor divino en que te abrasas.*

Y no es éste un amor estéril o de sentimiento engañoso.

Porque es un amor que impulsa al cumplimiento tenaz del deber.

Es un amor por el cual se acepta el sacrificio de inmolación cuando llega la hora del dolor con la enfermedad u otra prueba dura de la vida.

Es un amor con el cual se entregan los valientes a un apostolado que exige mucho sacrificio y renuncia, pero que se abraza con generosidad grande.

Gema Galgani, la Santa jovencita y tan querida, lo expresaba de esta manera: *No pararé hasta que Jesús no me comunique una parte de su fuego, que me consuma. Quiero que mi corazón se convierta en ceniza, de modo que se pueda decir: el corazón de Gema ha sido abrasado por Jesús.*

Jesucristo, el gran incendiador, dejó en la Eucaristía el signo y la fuente copiosa del amor, como lo interpretaba el Padre y Doctor de la Iglesia San Juan Crisóstomo: *De esta mesa divina brota una fuente de fuego. Mana sangre viva, sangre que es causa de vida: la fuente de la sangre de Cristo, el cáliz venerado.*

Quien se acerca a Jesucristo, lo come y se lo mete dentro de sus propias entrañas, por fuerza arde, se abrasa, se consume, y se convierte en incendiador como el mismo Jesucristo.

Nuestro mundo necesita amadores de Jesucristo que ardan como arde Jesucristo. Sólo de esta manera amaré el mundo y acabará el frío de las almas. Amar a Jesucristo y hacerlo amar, es el mayor servicio que prestamos a la humanidad doliente y necesitada de alegría.

Jesucristo dijo que se abrasaba, que no se podía aguantar más hasta que viese arder toda la tierra. Y el Espíritu que nos manda en Pentecostés viene encerrado en lenguas de fuego. Con la luz de la fe, nosotros entendemos las palabras y desciframos los signos. Por eso, como Pablo (2Corintios 5,14), queremos que el amor de Jesucristo no nos deje parar...